

Cambrils

Retrat amb paraules



¿CÓMO SE ESCRIBIRÁ UN CUENTO?

El Mediterráneo (Cambrils).

La playa de l'Esquirol.

El sol aún no cae perpendicular sobre la lisura de la mar.

Una barca.

En la barca, dos chicos.

El uno, sentado en la madera húmeda del suelo, pesca con potera. Mantiene las manos apoyadas en los muslos. El hilo de nilón del que pende la potera está trabado en una astilla de la madera. Él no se da cuenta.

Duerme.

El otro mantiene tenso el hilo del curricán. Está sentado en la armadura de la barcaza con las piernas colgando hacia fuera.

Mira a su compañero, y éste se despierta.

—No quería despertarte.

—No te preocupes, se supone que he venido a pescar, no a dormir.

—A veces, yo hago las dos cosas.

El chico de la potera se incorpora y mira el fondo del agua.

—Los peces saben mucho. Fíjate, se han comido el cebo sin rozar el anzuelo. Supongo que yo no puedo hacer las dos cosas como tú.

—Por eso no se acercan a mi bocado, porque al menor atisbo de tirón, les ensarto el anzuelo por el paladar. Mi padre dice que en la mar, hasta el placton es inteligente, y que esa inteligencia funciona como una. Que el mar es un saco sin fondo de sabiduría. Pero en casa nadie le hace caso. Los pescadores siempre tienen historias...

—Pues eso que dice tu padre a mí me parece una idea estupenda para el relato que hemos de presentar el lunes.

—Vale, ya tienes la idea, ahora a ver quién le encuentra el argumento.

—Claro, un argumento...

Silencio. El mar chapotea contra la quilla de la barca.

—Se podría comparar el mar con el universo y los humanos a los peces. Tanto si pican como si no pican contribuyen al proyecto de la inteligencia única.

—Es una buena comparación, pero seguimos sin argumento.

Otra vez silencio.

El chico de la potera se da cuenta de que el hilo de nilón está enganchado a la astilla de madera y lo suelta. Sube la potera y pincha en cada uno de los anzuelos un gusanillo.

—Podríamos escribir un cuento del mar.

—Podríamos...

—¿Pero qué diríamos?

—Lo que estamos haciendo, dos chicos en una barca, pescando.

—¿Y?

El chico del curricán levanta una mano indicando sigilo. El hilo se tensa imperceptiblemente. Con el gesto de su mano se ha detenido la lengua del mar en la barca.

Hay una tensión viva. Un silencio hondo en el agua.

Por debajo, alguien piensa. Es como una partida de ajedrez en la que perder es morir y ganar el vivir.

El chico de la potera se levanta. Tropieza con el bote de cristal lleno de gusanos. No se rompe. El movimiento de los gusanos dentro del bote suena igual que un derrumbamiento sobre el enigma del mar.

El chico del curricán indica silencio con el índice en los labios.

Cae una torrentera de bujías sobre la rasante del mar. Al chico de la potera le escuecen los hombros y piensa que cuando su amigo haya pescado lo que acecha debajo de la barca, se cubrirá con la camisa.

En el instante del pensamiento, un berbiquí tornasolado agujerea el agua y se eleva por el aire. Todo estalla y la superficie del mar vuelve a chisporrotear como una sábana de luciérnagas. El chico del curri-

cán ha pescado un jurel de tres kilos que, al subir por los aires, salpica agua y choca violentamente contra la cornamusa. Ahora hace corvetas en la panza de la barca. La boca abierta, atravesada por el anzuelo, ha adquirido el gesto petrificado de una gárgola y, toda la vida del pez se concentra en sus agallas túmidas. Poco a poco, sus coletazos al aire se enaltecen con una suave ondulación de arena y viento. Después de un respingo más alto que los demás, se asfixia definitivamente.

(Los chicos rechazan aquella quietud de muerte y miran el mar restallante).

—Si Dios tiene piel, debe de ser así, con este baile de luces.

—Un relato es la transformación de una idea íntima en un hecho estético. Lo que acabas de decir, tío, es para el Nobel.

—Ni siquiera parece agua. Es como si el sol se hubiera caído aquí en medio, ¡plas!, y estuviera deshaciéndose.

—Mira, ya tenemos el título del cuento: *Mar de sol*.

—Me gusta más *La piel de Dios*.

—Los dos están bien.

Siempre el silencio.

El chico del curricán vuelve a pescar sentado en la armura, con las piernas colgando fuera. El chico de la potera piensa en el cuento mientras se cubre con la camiseta.

—Con el título no adelantamos gran cosa. Seguimos sin relato.

—Podríamos escribir uno en el que la mente de un pez es más poderosa que la del pescador.

—Eso esta hecho con *Mobidik*.

—Bueno, pero no con un jurel como éste.

—Sólo variaría el tamaño, pero no sería un tema original. En literatura hay que buscar la originalidad si no quieres que te acusen de plagio.

—Pues ya me dirás qué cuento escribimos.

—Y también dijo el profe que ha de ser un suceso único, efecto único y tensión desde el principio hasta el fin.

—Todo eso lo tienes en *Mobidik* y es una novela.

—Pero el cuento se ha de leer de una sentada, ha de ser corto, o sea.

—En un cuento no ha de sobrar ni una palabra. Si en la primera línea sale un clavo, en la última línea el protagonista ha de ahorcarse con el clavo.

—Eso lo dijo *Chejov*.

—Pero lo explicó el profe en clase.

—Lo principal para que el cuento sea bueno es que el final te sorprenda. Le ha de sorprender incluso a quien lo ha escrito.

—Bueno, pues en nuestro cuento hemos sacado un jurel. Ahora qué hacemos para sorprendernos a nosotros y, sobre todo, al profe.

—También hemos pensado que los peces tienen inteligencia y que nos toman el pelo.

—Pero tu jurel ha perdido la partida. Tu le has engañado. Si por lo menos hubiera sido más inteligente y te hubiera segado el hilo de nilón o algo así.

Los dos miran el jurel en la barca. La boca abierta de porcelana recuerda a la de un áspid. Pero los áspides no se ríen y esta boca se ha parado en medio de la risa.

A espaldas de los dos chicos nace un fragor tan lejano que al principio parece el motor de la lancha guardacostas que todavía no se ve. En pocos segundos, el fragor se hace hondo, extenso y cercano, como si cayeran millones de piedras en el fondo de las aguas. Luego adquiere una extraña trepidación de despegue y se eleva por los aires.

En el momento en que el chico de la potera y el del curricán vuelven la cara, emerge del mar una gigantesca malla de jureles engarzados por los anzuelos clavados en sus bocas.

La barca se oscurece y, lentamente, es arrastrada al silencio de las profundidades.

Al atardecer, los pescadores se acercan a la playa de l'Esquirol a esperar al chico del curricán y al de la potera.

La noche es tranquila. La mar ha sido una balsa de aceite durante todo el día y en la playa, están seguros de que los chicos aparecerán de un momento a otro.